



No Hay Mitad del Camino

Esta columna es una versión revisada de una homilía en la Iglesia de San Francisco de Asís en Bend el 17 de Febrero 2019.

Cada día nos dirigimos hacia Dios o nos alejamos de Él por medio de decisiones que dan forma a nuestras vidas hacia la salvación o las deformamos para la perdición. En el salmo responsorial de hoy “el camino de los impíos” y “el camino de los justos” divergen radicalmente: el primero lleva a los “males” que Jesús se lamenta en el Evangelio; el segundo, a la bienaventuranza que Él allí promete. No hay mitad del camino entre ellos.

El “camino de los impíos” que describe el salmista desciende por etapas hacia el mal devorador de almas. Primero llegan los malos compañeros que incitan a los incautos a seguir “el consejo de los impíos” y llenan sus mentes con malos pensamientos. Las malas decisiones predeciblemente siguen, y llega a una división en el camino descendente. Cortando sus lazos a los buenos consejos y a los buenos amigos, él ahora “entra por la senda de los pecadores”, bajándose más y más hacia abajo, fuera del alcance de las ideas y las personas que lo levantarían. Al final de su viaje descendente él “se sienta en la reunión de los cínicos”, tomando su lugar en la falsa compañía de aquellos “que apartan del Señor su corazón”, como les llama el profeta Jeremías.

El agudo contraste, cuando el salmista dibuja al hombre justo, surgen posibilidades muy diferentes. “Su gozo es la ley del Señor”, y “medita” en ella “día y noche”. El no confía sus pensamientos y sentimientos en el juicio despiadado de la opinión pública, sino que los alinea con el diseño que su Creador revela en la Ley del Amor. Al final “prospera”, creciendo en bondad “como un árbol plantado al borde de la acequia”. Su vida sigue un camino ascendente “y da fruto en su sazón”.

Jesucristo es el hombre justo *por excelencia*, por lo que habla por experiencia personal sobre estos asuntos, pero en palabras provocativas que deben haber incomodado a su audiencia tanto como lo hacen hoy con nosotros.

“¡Ay de ustedes, los ricos”, dice, a todos nosotros quienes estamos “satisfechos”, no con dinero solamente, sino con posición y posesiones, con recursos y oportunidades, con poder e influencia. Al contar con esos bienes mundanos, podemos “reír ahora” porque estamos muy alejados de los pobres y los impotentes para participar en sus abundantes tristezas. Pero nos acercaremos a ellos si buscamos las bendiciones que Jesús promete en el Evangelio de hoy.

Él abre la puerta al camino de la justicia con una sorprendente bendición: “Dichosos ustedes los pobres”. Cuando Él revela su significado, vemos que Él mismo lo modela. Ustedes “ahora tienen hambre”, porque confían conscientemente, como Él siempre lo hizo, en la mano de su Padre para proporcionarles el alimento que deben tener para sostener su vida. Ustedes lloran, como lo hizo Jesús en Jerusalén, al ver aquellos que no reconocieron el tiempo de la visita de su

Salvador y por lo tanto, no saben cómo vivir en paz con ellos mismos, con los demás y con Dios.

En la nueva era de las redes sociales, una bienaventuranza en particular nos puede parecer como la promesa más provocativa de Nuestro Señor: “Dichosos ustedes cuando . . . los *expulsen* de entre ellos y los *insulten* . . . por causa del Hijo del hombre”. Al decir esto, Jesús no hace más que repetir con otras palabras Su invitación a tomar nuestra cruz diariamente y seguirlo. Porque si lo hacemos, no podemos evitar el insulto e invectiva que llovió sobre el Portador de la Cruz al Calvario.

San Francisco de Sales entendió muy bien esto: “Un miedo excesivo de perder nuestro buen nombre, traiciona una gran desconfianza en su fundamento, que es realmente una buena vida”. Por lo tanto, debemos enfocarnos en cómo vivimos nuestra vida y no en lo que piensen los demás de cómo la vivimos. “Al renunciar a nuestra reputación en las manos de Dios, la aseguramos en la mejor manera posible”, concluyó San Francisco. “Al final, solo somos lo que somos en los ojos de Dios”.